

El duelo del poeta Pushkin

Rubén Darío Flórez Arcila

Hacía mucho tiempo que en San Petersburgo un duelo no involucraba a tantos personajes. No era para menos. Antes de las nueve de la mañana de aquel día, buena parte de un círculo de dandis, cortesanos aventureros, mañosos y perversos aristócratas, así como de damas expertas en divulgar chismes que hacían la vida de la corte engañosa y brillante, recibieron una misiva. A primera vista se trataba de una broma malintencionada que, en realidad, fue la señal para el comienzo de un espectáculo de suposiciones y fatalidad anunciada. El 4 de noviembre de 1836, la carta escrita en francés, anónima y despiadada, anunciaba que Alexander Pushkin ingresaba como “historiógrafo de la privilegiada orden de los cornudos”. Pushkin en persona recibió y leyó el agravio en la hoja de papel que contenía el funesto sobre lacrado.

Hasta este momento, Pushkin era nada más ni nada menos que el autor de una época que leía con emoción sus poemas que resultaban, si se descifraba su código secreto, un espejo del

poeta. El Zar, Nicolás I, que había obligado a Pushkin a exiliarse de la capital, en un gesto de publicidad política para congraciarse con los lectores y escritores de Moscú y San Petersburgo, lo liberó del exilio para darle una audiencia en su palacio. El Zar salió de la entrevista pregonando a los cuatro vientos que había conversado con “el hombre más inteligente de Rusia”.

Para embolatar las jugadas del destino, el poeta se entregaba de corazón al juego de las cartas que lo hacían sentir en la plenitud de la energía vital, aunque ello resultaba más cercano al verso de León de Greiff: *“juego mi vida, cambio mi vida, de todas maneras la llevo perdida”*. Descifrando las claves ocultas de sus libros aparecen, como un aldabonazo, numerosas referencias a duelos. El personaje romántico de su más famosa novela muere en un duelo. Esta era una de las pasiones de su tiempo igual, que las guerras, las aventuras amorosas y la escritura de poemas.



Aquella mañana, la primera reacción de Pushkin al leer la comunicación fue desquitarse con un duelo. “¡Que sea lo más sangriento!”, exigiría unos días después. Atravesaba uno de esos malos días de melancolía y tedio concentrado. Además del fastidio que le producían las negativas del ministro que debía autorizar su plan de viajar al extranjero, le clavaba los dientes en la mente la deuda que no lograba saldar a pesar del éxito de su revista de literatura y asuntos sociales *El Contemporáneo*, creada por el poeta para competir en el creciente mercado de noticias y periodismo urbano de San Petersburgo; estaba en manos de los prestamistas, a quienes debía una suma inmensa, 450.000 rublos. Sin embargo, esto no lo

amilanaba; al contrario, Pushkin había renovado su arte de escritor: se inventó una manera de contar la historia y volverla una noticia conmovedora, con la gracia del amor y del infortunio en la espléndida novela corta *La hija del capitán*.

Con la carta en las manos, Alexander Pushkin comenzó a dar vueltas en la biblioteca; su rostro de perfil africano y la mirada intensa de un tigre con ojos azules recordaban la expresión que, en la corte del Zar, temían sus amigos y aprovechaban sus enemigos para enfatizar su mal carácter. Por la memoria de Pushkin pasaron las imágenes de los gestos galantes del oficial francés d’Anthès, ahora miembro del cuerpo de oficiales del Zar; sus coqueteos con Natalia Goncharova, su esposa, adquirirían ahora otro sentido. Las catleyas que Dantes le obsequiaba durante las escasas veces que ella asistía a los bailes de la corte, las invitaciones al teatro en las habituales temporadas de ballet que promovía el Zar, todo esto no pasaba entonces de ser un gesto social exquisito y habitual en el mundillo de gestos mundanos durante las elegantes temporadas que en el invierno de San Petersburgo presidía Nicolás I. Pero la carta anónima traía un mensaje: d’Anthès era el amante de Natalia.

La esposa de Pushkin era una maravillosa mujer eslava de ojos negros. Podía decirse que Pushkin

era célebre por su fealdad, como a él mismo le gustaba subrayarlo, por su mudable temperamento de aristócrata llevado al extremo de su obstinación rebelde, por sus versos estremecedores y debido a la fama de la abrumadora belleza de su mujer. Ella le había dado, en tan solo siete años de matrimonio, cuatro hijos. Así que Natalia, una aristócrata de varias generaciones, a duras penas sacaba tiempo para la vida de artificios exquisitos de la corte. Pushkin la idolatraba, lo que no le impedía cultivar su leyenda de don Juan, que no perdía ningún chance en secretas aventuras eróticas con las muchachas en flor y con las mujeres en la madurez de su belleza. La fe de Pushkin en la lealtad y en el amor de Natalia, su mujer, era absoluta.

A pesar de las malevolencias del barón Heckern, el embajador holandés a quienes algunos investigadores atribuyen una participación muy activa en una conjura para manipular los celos de Pushkin y provocar su temperamento a veces irascible, no está claro, por los documentos de la época investigados, que el duelo haya sido resultado de una conspiración en la que estuviera implicado el diplomático holandés.

El oficial francés d'Anthès, Conde de Archiac, hijo adoptado por el Barón, había llegado en busca de suerte a San Petersburgo con cartas de recomendación para el mismo Zar, quien

inmediatamente lo hizo miembro del cuerpo de guardia de la corte de San Petersburgo. Hijo de un noble francés arruinado por la revolución francesa, ambicioso y con una manera de decir nimiedades galantes en impecable francés, era el prototipo del aventurero de buena familia y sin un centavo que, gracias a su cabeza vacía y a su apostura, se convirtió en el favorito de las damas de la corte. Heckern, un hombre ya viejo, lo adoptó y fue su padrino para introducirlo entre los más cerrados circuitos de San Petersburgo. Y si hasta entonces que el embajador holandés traficara con antigüedades y fuera homosexual no despertó suspicacias, sí lo hizo que adoptara al joven y apuesto d'Anthès.

En los círculos en que se movían Alexander Pushkin y Natalia Goncharova, era previsible que en las rutinas sociales se hicieran amigos del barón Heckern y de su hijo adoptivo. Más aun, el embajador llevaba mensajes a Natalia Goncharova, en los que d'Anthès manifestaba la admiración sin límite que le producía su belleza. D'Anthès, de hecho, la asediaba en las pocas oportunidades en que Natalia asistía a los bailes de la temporada de invierno en el palacio del Zar. Con el pelo negro recogido, Natalia tenía la costumbre de asistir a estas veladas como si llevara una corona fantástica, y con los hombros blancos, muy sensuales, completamente desnudos, no dejaba de captar las docenas de miradas de los oficiales, de las damas viejas y

envidiosas, y del Zar, quien regularmente la invitaba al primer vals. Pushkin era el centro de la atención porque Natalia estaba en los brazos del Zar. Pero esta intimidad era el espectáculo habitual de la corte y no significaba nada más que el triunfo mundano de una hermosa mujer. D'Anthès habitualmente le regalaba rosas amarillas a Natalia Goncharova y multiplicaba sus atenciones e invitaciones al teatro.

Pero aquella mañana funesta, al leer la esquela con el nombramiento ridículo de “historiógrafo de la gran orden de los cornudos”, Pushkin tenía la expresión de una fiera acorralada.

A la respuesta afirmativa de d'Anthès a la demanda del poeta Pushkin exigiendo la satisfacción de un duelo, procedió una agitada y nerviosa mediación de Heckern. Personalmente solicitó una conversación con el poeta en la que expuso largamente los motivos por los cuales el duelo debía ser anulado. Imploró a Pushkin que se declarara satisfecho con las explicaciones y el ruego que hacía como padre de d'Anthès. El cinco de noviembre, Alexander Pushkin retó a duelo al barón d'Anthès, y el embajador holandés le pidió un aplazamiento de veinticuatro horas. Se intercambiaron ocho cartas entre el embajador Heckern, d'Anthès, los padrinos del duelo y Alexander Pushkin. El desenlace fue inesperado: Natalia Goncharova tenía una hermana mayor, Ekaterina



Georges d'Anthès, sin más datos.

Goncharova, quien, según las costumbres patriarcales del tiempo, se consideraba que se había quedado para “vestir santos” y, aunque no tenía la belleza estremecedora de su hermana, poseía una inteligencia por fuera de lo común: sabía de memoria toda la poesía de Alexander Pushkin, y sus juicios eran atinados (algunos biógrafos de Pushkin adelantaron, incluso, la suposición de que estuvo enamorado de su cuñada). Como un trueno en medio del día resultó la noticia de que el barón d'Anthès, doce días después de la carta funesta y de la exigencia de duelo por parte de Pushkin, solicitaba la mano de Ekaterina Goncharova, de tal manera que parecía quedar definitivamente

borrada la suposición de que d'Anthès había sido el amante de la hermana de Ekaterina.

No obstante, en San Petersburgo no se hablaba de otra cosa sino del nombramiento como “historiógrafo de la orden de los cornudos” que había recibido Alexander Pushkin y del inminente matrimonio de su cuñada con el hombre que hasta hace poco había sido su adversario en un duelo frustrado. Todos estaban deleitándose, los admiradores y los enemigos de Pushkin, haciendo conjeturas con esta historia, pero el ánimo de Alexander Pushkin no había quedado en paz. La historia del apresurado amor de d'Anthès por Ekaterina sonaba, en el fondo, a una burla fabricada con inquina.

Pero el poeta, siendo por su educación y sus orígenes un auténtico aristócrata que sabía entregarse al desprendimiento afectivo sin límites y a la exploración sin veto de sí mismo y de sus relaciones psicológicas, un temperamento con un talento único para permanecer suspendido en lo impredecible del límite y con una empatía humana genuina para desprenderse de sí mismo, aceptó anular el duelo, solo porque su cuñada pronto sería la mujer de d'Anthès, su oponente. Por eso, al responder al padrino de duelo de d'Anthès, al oficial francés, en una carta escrita en francés el 17 de noviembre, Pushkin retira su demanda de duelo:

No vacilo en escribir lo que podría decir verbalmente. Fui provocado a duelo por Monsieur Heckern quien aceptó batirse conmigo, sin exigir ninguna explicación. Soy yo ahora quien solicita a los señores testigos de este asunto, consideren inexistente dicha provocación. He sabido por la opinión pública que Monsieur Heckern ha anunciado su propósito de contraer matrimonio con Madame Goncharova después del duelo. No tengo ningún motivo para atribuir a esta resolución los cálculos indignos de un hombre de honor. Pido a usted Monsieur Conde, hacer el uso que usted considere más apropiado. Añado la as exigencias mi más alta consideración.

A. Pushkin.

Los planes del duelo quedaron frustrados. Ahora no se buscaban padrinos para un enfrentamiento a muerte, sino padrinos para una fastuosa boda cortesana. No era para menos, los Heckern habían divulgado y hecho oficial la solicitud a la familia Goncharova de que la boda de d'Anthès con Ekaterina se realizara después del duelo con Pushkin. El duelo había resultado el premio mayor de una lotería afortunada para la familia Goncharova: su hija era ahora la prometida del oficial más brillante de la corte de San Petersburgo y heredero de la inmensa fortuna, de los títulos y las relaciones en toda Europa del embajador de Holanda en Rusia. Parecía un cuento de hadas, pero no terminaría así.

El 26 de enero de 1837 había sido un día rutinario para el anciano aristócrata Heckern, holandés errante por todas las capitales europeas y quien concluía su carrera como augusto embajador ante el Zar de todas las Rusias. Llamaron a la puerta de su palacio situado sobre uno de los elegantes canales que atraviesan como espejos las avenidas de San Petersburgo y el criado le entregó una carta. Era un sobre lacrado y la firma del remitente, reconocible. Había sido escrita en el idioma internacional de aquel tiempo: desde Bolívar hasta Pushkin y el zar Nicolás I, todas las figuras ilustres de Europa y América del Sur escribían y hablaban la lengua francesa. El anciano debió tomar asiento para tranquilizarse. Curtido en mil enredos, con una intuición del momento para las azarosas artimañas que eran el abecedario escurridizo de los salones aristocráticos, el barón Heckern leyó, conteniendo las emociones y guardando distancia para calcular con precisión los efectos que pudiera acarrearle la carta inesperada:

Monsieur Baron

Permítame hacerle el resumen de lo que ha pasado. Hace tiempo que estaba enterado de la conducta de su hijo, y no podía permanecer indiferente. Me pareció adecuado adoptar el papel de observador, listo a intervenir cuando lo estimara conveniente. Un incidente que en otra



Iliá Repin, *Duelo de Yevgueni Oneguín y Vladimir Lenski*, 1899, acuarela, tinta china y pigmento de plomo blanco sobre papel, 29.3 × 39.3 cm, Museo Pushkin.

circunstancia me hubiera irritado me dio el chance de tomar cartas en el asunto: recibí tres cartas anónimas. Sentí que el momento había llegado y lo aproveché. Usted conoce lo demás: obligó a Monsieur su hijo a jugar un papel tan despreciable, que mi mujer, sorprendida por una actitud tan vil e infame, no hizo otra cosa sino burlarse, y la disposición que hubiera podido tener hacia una poderosa pasión se volvió un helado desprecio y la más merecida repugnancia.

Debo confesar Monsieur Barón que el papel desempeñado por usted ha sido indigno. Usted, el representante de un rey, usted ha sido el alcahuete de Monsieur, su hijo. Parece que toda la conducta de él (superficial por lo demás) ha sido dirigida por usted. Probablemente ha sido

usted quien le ha dictado las patéticas tonterías que se atreve a escribir. Usted, como una obscena alcahueta, ha acosado a mi mujer por todos los rincones para hablarle del amor por ella del bastardo que parece ser su hijo. Y cuando se vio obligado a recluirse en su casa, enfermo de una afección venérea, usted repetía que él moría de amor por ella; usted le murmuraba: devuélvame a mi hijo.

Entenderá usted, Monsieur Barón, que después de esto, no puedo consentir que mi familia tenga la más mínima relación con la suya. Es únicamente bajo esta condición que yo acepto no hacer público este feo asunto, ni en deshonrarlo a usted a los ojos de nuestra corte y de la suya, como sería mi derecho y mi intención. No voy a tolerar por ningún motivo que mi esposa se convierta en objeto de sus exhortaciones paternas. No permitiré que Monsieur, su hijo, después de la abyecta conducta que ha desplegado, se atreva a dirigirle la palabra a mi esposa, ni mucho menos que manifieste en presencia de ella las vulgaridades de cuartel con las que se expresa, ni que finja el papel de víctima de una pasión no correspondida, siendo, como es, un canalla de verdad y un miserable. Me siento obligado a pedirle a usted que dé por terminadas estas insidias, si es que usted desea evitar un nuevo escándalo, al que yo no pondré obstáculos.

Tengo el honor de ser de usted, Monsieur Barón,

Su humilde y seguro servidor,
Alexander Pushkin, 26 de enero de 1837 (Es fiel copia del documento original, firma del jefe de la policía Shmakov)

Las palabras fueron asestadas de manera brutal, y daban a entender que sería peor lo que vendría. Las expresiones del poeta o sus epigramas como puñales, o sus versos inolvidables, o sus frases se volvían parte de los hábitos públicos. Pushkin amenazaba con un escándalo que, en el código de la carta, quería decir que “bastardo” y “obscena alcahueta”, circularían como epítetos atribuidos a él, en un circuito de privilegiados pendientes de su fama. No le quedaba alternativa al destino ni transacción posible al diplomático. Alexander Pushkin, con aquella carta, ponía en movimiento un mecanismo social del que nadie podría escaparse.

La misiva, cuyo destinatario no era solo el embajador holandés, obligaba a su hijo adoptivo, d’Anthès Heckern, a iniciar los trámites clandestinos para acordar las reglas del duelo. La ofensa de Pushkin contra el prestigio de la familia Heckern exigía una respuesta a través del duelo. Lo que seguía, además, estaba diáfano como la nieve de San Petersburgo de aquel helado mes de enero. Si sobrevivían d’Anthès o Pushkin, sería despojado de sus títulos de nobleza en Rusia y condenado a la

horca por el propio Zar. El embajador Heckern perdería su reputación acumulada durante toda su vida porque se haría efectiva la expulsión de San Petersburgo como diplomático de Holanda. Como los duelos habían sido prohibidos, su ejecución representaba una violación que se sancionaba con toda el peso de la ley.

Unas raras catleyas comerciadas en San Petersburgo por un contrabandista que las transportaba desde las selvas de Colombia en navíos filibusteros, fue la gota que rebosó la copa. En el baile de enero del palacio del Zar en San Petersburgo, y en presencia de Pushkin, que se encontraba en uno de los salones conversando con quien antes había sido su padrino para el duelo frustrado, d'Anthès se acercó a Natalia Goncharova y le extendió el bouquet de inverosímiles flores lilas. Natalia hizo con las manos un movimiento de rechazo. Pushkin observaba la escena de la que todos estaban pendientes. Como una tromba, el poeta se aproximó a Natalia, no sin antes gesticular con violencia en la cara de d'Anthès. Tanto Natalia como Pushkin abandonaron el salón de espejos del palacio.

Los hechos se sucedieron vertiginosamente, y en secreto el padrino de duelo para Alexander Pushkin fue nombrado apresuradamente en la mañana del 27 de enero de 1837. El ingeniero y coronel Danzas acordó las reglas del duelo con

su contraparte, el barón de Archiac, padrino de d'Anthès. En el código secreto de los aristócratas, en idioma francés, fueron relacionadas las reglas del duelo: cada uno de los adversarios dispararía de una pistola con una bala; una barrera improvisada con los abrigos de los rivales se pondría a una distancia equidistante entre los veinte pasos que separaban a Pushkin de d'Anthès. Los dos, a una señal convenida por los padrinos, caminarían quince pasos. Al acercarse a cinco pasos de la barrera, cada uno dispararía sin esperar turno. Pushkin había exigido que las reglas del duelo lo hicieran sangriento. Prácticamente apuntarían y dispararían simultáneamente. Una de las cartas, que se conservan con el relato de lo que ocurrió aquella tarde en las afueras de San Petersburgo, narra con precisión cada uno de los momentos del duelo:

Hacia las cuatro y media de la tarde habíamos llegado al sitio del duelo. El viento tan fuerte que había nos obligó a refugiarnos en un bosque de pinos. Como la nieve era tanta, lo cual impedía a los rivales cumplir con las reglas, nos vimos obligados a abrir un sendero de veinte pasos, en cuyos extremos los adversarios ocuparon su lugar. D'Anthès y Pushkin recibieron sus pistolas y Danzas, el padrino de Pushkin, dio la señal levantando un sombrero. Los duelistas caminaron quince pasos mirándose a los ojos y con el pecho como blanco. Se

escuchó un disparo, Pushkin, cuya estatura era de 1,60, se derrumbó sobre la barrera improvisada con abrigos de piel de osos. Rápidamente se repuso y mientras se apoyaba sobre la mano izquierda, le fue entregada otra pistola, pues la que llevaba en la mano estaba cubierta de nieve. —Esperen que aún tengo fuerzas para hacer mi disparo—, dijo Alexander Pushkin. Hizo un esfuerzo, levantó el torso, se irguió, apuntó a su rival y disparó. La bala alcanzó a d'Anthès, quien estaba de costado y se derrumbó. Alexander Pushkin fue herido en el vientre, en la parte derecha. Como la herida resultó tan grave, el duelo finalizó por acuerdo de ambas partes. La blanca nieve había quedado marcada con enormes manchas de la sangre de Pushkin.

En el trineo en que fue trasladado a San Petersburgo, a pesar de los baches, de los remezones por la irregularidad del camino, el poeta se mantuvo impávido. Durante setenta y tres horas se desangró en su habitación. Murió con apenas 37 años. Nadie se puso de acuerdo en reunirse junto a la puerta de la casa de Pushkin, pero durante los tres días de la agonía, la multitud fue creciendo silenciosamente.

Epílogo

El zar Nicolás I tuvo benevolencia con los padrinos y los duelistas. Conmutó la pena de muerte que amenazaba a d'Anthès. Los Heckern debieron abandonar a Rusia, y d'Anthès perdió

sus títulos de nobleza rusa; sin embargo, concluyó sus días como senador de Francia del partido realista y vivió una larga vida. El poeta Pushkin se convirtió en el gran poeta de Rusia. Su nombre fue consagrado durante los festejos de apertura de una colosal estatua suya en los que Fiodor Dostoievski, al recibir el honor de hacer el homenaje, leyó un discurso explicando la obra poética y la personalidad de Pushkin. Los contemporáneos cuentan cómo aquella tarde se produjo un delirio en la multitud luego de escuchar las palabras del gran novelista. La plaza donde está ubicada la estatua es uno de los sitios legendarios de Moscú. Se puede ver al poeta cabizbajo y con palomas en su cabeza. El monumento fue financiado con donaciones de sus lectores que, de toda Rusia, enviaron aportes para pagar al escultor y adquirir el bronce del monumento.

Nota

Para este estudio y relato fueron consultadas todas las cartas en francés que se intercambiaron los duelistas. La fuente más interesante, a mi juicio, es el libro de la serie Procesos judiciales rusos, *El duelo de Pushkin con d'Anthès Heckern*. Este texto en ruso y en francés contiene todo el archivo judicial que se abrió con los acontecimientos del duelo (*Duel Pushkina s Dantesom Gekkernom*, Moscú, Bely Gorod, 2012)

Moscú, febrero 8 de 2012

Rubén Darío Flórez Arcila. Escritor, profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Mater*.